

PAUL PRESTON

Los corresponsales extranjeros en la Guerra Civil

“Para mí, la gran mayoría de los protagonistas del libro fueron idealistas en el sentido de que tenían unos altos valores éticos y profesionales”.

FELIPE SAHAGÚN

Paul Preston nos recibe en un hotel céntrico de Madrid el miércoles, 31 de mayo, a las cuatro y media de una tarde plomiza que amenaza tormenta. Los amigos de Random House Mondadori, responsables de la edición en castellano, le han organizado, aprovechando la Feria del Libro, una apretada agenda de entrevistas y disponemos de una hora, aproximadamente, para hablar de su último libro.

We saw Spain die es su título en inglés, sustituido en la edición en español con enorme libertad, libertinaje más bien, por *Idealistas bajo las balas*.

Corresponsales extranjeros en la guerra de España. Habiendo conocido y admirado a Herbert Matthews, el gran corresponsal del *New York Times* en la Guerra Civil, de la que nos dejó, amén de numerosas y excelentes crónicas, el libro *Half of Spain Died*, confieso que me gusta más el título en inglés, pero vayamos a su contenido.

—¿Refleja este título lo que ha descubierto en la investigación sobre las vidas de los corresponsales o hubo de todo?

—Evidentemente, hubo de todo. El periodista es humano y no pretendí



nunca hacer una enciclopedia de todos los corresponsales que pasaron por España. En algún momento hice un recuento y llegué a casi 1.000 nombres de periodistas que estuvieron aquí: unos, dos días; otros, semanas; algunos como turistas. En el libro recojo las biografías de seis, pero hay otros que salen con mucha frecuencia. Creo que hablo de una veintena de los más importantes. Hay zonas o áreas que no las menciono.

Por ejemplo, no hablo de los nazis porque tanto ellos como los fascistas italianos provenían de países donde no había libertad de prensa y

su papel en la zona rebelde se limitó a ensalzar a sus regímenes y la causa rebelde. Sería absurdo referirse a ellos como idealistas. Eran propagandistas. Ni más ni menos. En cualquier título hay siempre una cierta falsedad, pero, en general, diría que el 80% del libro trata de gente que podríamos definir como idealista. Por supuesto, había también muchos cínicos. También conservadores católicos que, si eran sinceros y escribían cosas interesantes, yo les habría incluido como idealistas. Lo que pasa es que encontré en sus escritos, sobre todo, falsificaciones de noticias y, claro, eso no

permite hablar de ellos como idealistas.

Para mí, la gran mayoría de los protagonistas del libro fueron idealistas en el sentido de que tenían unos altos valores éticos y profesionales, y en ningún momento salieron de unos límites éticos y profesionales que se habían impuesto a sí mismos.

—¿Cómo surge la idea, después de tantos años investigando la Guerra Civil, de dedicar un libro precisamente a los corresponsales y por qué ahora?

—Siempre he ido a remolque de mi nariz. Se me ocurre algo y voy como un sabueso siguiendo unas pistas. En este caso, hay un antes y un después. El antes es que, en cierta medida, uno de mis grandes maestros fue un periodista. Creo que los periodistas serios y los historiadores serios somos del mismo gremio. Los periodistas hacen el primer borrador y nosotros, con la ventaja de la retrospectiva, podemos elaborar y pulir más, pero estamos en lo mismo y el buen periodista hace siempre el primer borrador. Mi maestro fue Herbert Southword, a quien dedico este libro. Él me infectó una gran admiración hacia los grandes periodistas de la época.

Creo que jamás ha habido una guerra en la que ese concepto de primer borrador haya sido tan profundo y tan importante con periodistas como Jay Allen, Herbert Matthews y George Steer. De entrada, ya tenía en

“Creo que los periodistas serios y los historiadores serios somos del mismo gremio.”

mente una idea de su importancia y, en algunos casos, memorias que había leído de ellos me habían parecido de los textos más importantes sobre la Guerra Civil y eso lo dice alguien que ha pasado su vida entera leyendo libros sobre la Guerra Civil.

Mantuve mi interés y mi compromiso haciendo ediciones de sus libros. Por ejemplo, en Espasa Calpe había hecho una edición de *Vida y muerte de la República*, de Henry Buckley. También había hecho una edición de *El árbol de Guernica*, de Steer. Dicho todo esto, si hace dos años usted me pregunta si escribiría un libro sobre los corresponsales en la Guerra Civil, me habría parecido una locura. El detonante, en realidad, fue la Exposición sobre Corresponsales que hizo el Instituto Cervantes con la Fundación Pa-

blo Iglesias (en el otoño-invierno de 2006). Al preparar esa exposición, me pidieron que hiciera parte del catálogo. Interrumpí lo que estaba haciendo en ese momento y me puse a ello. Al empezar a rasguñar un poquitín, me obsesioné. Empecé a encontrar diarios, cartas, una materia tan fascinante que no lo pude dejar. Hasta el punto, casi, de correr el riesgo de divorciarme, pues este libro lo he hecho en 15 meses, pero trabajando los 7 días de la semana, 14 horas por día, como un obseso, y mi mujer me quería echar de casa.

—Si se hubiera metido en hemerotecas y se hubiera centrado en crónicas, nada más, de los corresponsales seleccionados, ¿cree que habría llegado al mismo resultado o a otro mucho más pobre? Y, cuando hace la selección de las 30 mejores crónicas para la exposición y de los autores para el libro, ¿aplicó algún criterio concreto?

—Es evidente que, si hubiera empezado leyendo crónicas, habría hecho un libro totalmente distinto y mucho más pobre. Lo que intenté hacer ha sido totalmente diferente. Si buscáramos un hilo conductor, sería tratar de averiguar si la vida diaria y las condiciones por las que tuvieron que pasar en España los corresponsales en ambas zonas ayudan a entender mejor la realidad de la guerra.

—¿Cambió en algo esta investigación

sus convicciones y sus conclusiones después de tantos años investigando este tema —ahí están, como prueba, obras tan importantes como ‘La Guerra Civil’ y ‘La destrucción de la democracia en España: reforma, reacción y revolución de la Segunda República’?—.

—Me consolidó mucho la idea que tenía de la zona franquista, donde se intenta y se logra imponer una dictadura. Las instrucciones secretas del general Mola, el director de la conspiración, de eliminar por el terror a los que no pensaban como ellos reflejan una incompatibilidad total con la libertad de prensa. Como se demostró en los años siguientes, la libertad de prensa les importó un bledo. Todo lo contrario. Encontré muchas pruebas que reforzaron mi idea previa de la dictadura militar.

En el caso de la zona republicana, esta investigación enriqueció mi concepto de lo que era la política republicana: su riqueza, sus contradicciones...

—¿Un poco también su caos?

—Por supuesto, por supuesto. El caos favorece la libertad de prensa, pero aprendí mucho. Por ejemplo, con la figura de una persona a la que admiraba ya, pero ahora mucho más, tras este trabajo. Me refiero a Arturo Barea. Es curioso. Cuando el Gobierno republicano se traslada a Valencia, se le presenta Rubio Hidalgo y le dice: ‘Aquí tienes tu sueldo de dos me-

ses, yo me voy'. Barea se da cuenta de que hay un vacío y de que, en ese vacío, algunos periodistas están escribiendo cosas alucinantes –mentiras, sin más, como la caída de Madrid cuando todavía no ha caído, ni mucho menos– y otros están regalando a los franquistas secretos militares. Él, por su cuenta y riesgo, monta una especie de censura. Lo cuento en el libro, y describo cuando llega (el ruso Mijaíl) Koltsov y pregunta qué pasa, Barea le cuenta y Koltsov le responde: 'Vente y te doy todas las credenciales que se necesiten'. Curioso, ¿no? ¿Quién era Koltsov para tener tanto poder? Es obvio que había caos, pero en la República llegó un momento en que se dieron cuenta de que les favorecía más contar la verdad que contar mentiras y eso marcó la diferencia en la información de las dos zonas, una gran diferencia.

—¿En qué momento cree que se produce ese cambio? ¿Al año del levantamiento?

—No. Creo que la gran diferencia arranca con el nombramiento de Álvarez del Vayo como ministro de Estado. Como había sido periodista, entendía más todo eso. Prueba de ello es el nombramiento de Rubio Hidalgo. Mucha gente, incluso el propio Barea, habla mal de Rubio Hidalgo, pero en el diario inédito que encontré de Lester Ziffren, que vive todavía –con 103 años y perfectamente lúcido, acojonante– y de Geoffrey Cox, el

“En la República llegó un momento en que se dieron cuenta de que les favorecía más contar la verdad que contar mentiras y eso marcó la diferencia.”

de la defensa de Madrid, posteriormente fundador de la Independent Television News (ITN) de Inglaterra, que también vive –tiene 96 años y más lúcido que usted y yo juntos, con perdón– he comprobado que hablan muy bien de Rubio Hidalgo.

Ziffren cuenta la historia de un periodista, Hank Gorrell, que llega de Roma, expulsado de la Italia fascista. No he podido averiguar si hablaba italiano con el chófer o un español muy italianizado. El caso es que, cuando llega al primer control, los guardias sospechan que podía ser espía fascista y lo detienen. Lo llevan a Madrid y se arma un follón, pero a las tres horas de estar detenido llega Rubio Hidalgo, Gorrell le explica quién es y lo sueltan. El general republicano al mando, en desagravio, le invita a cenar.

Tres semanas después, el mismo periodista cruza la línea, entra en la zona nacional, le pillan y le amenazan con fusilarle y con colgarle, y le llevan delante de Franco. En fin, le ocurrió de todo. Su caso no fue excepcional. Muestra la gran diferencia de los corresponsales en un bando y en otro.

—Cuando llega al final de la obra...

—Perdone, no he llegado al final. Mi objetivo era seguir, y de hecho sí, pero tuve que cerrar el manuscrito y entregarlo, aunque mi obsesión es seguir.

—Pero teniendo en cuenta el camino ya recorrido, ¿este grupo tan excepcional de corresponsales que vino a España en la Guerra Civil ayudó a frenar, acabó atizando o fue neutral respecto a la evolución del conflicto?

—Hubo de todo. Creo que, a pesar de que muchos de los protagonistas de mi libro tuvieron la esperanza de influir en la opinión pública en las democracias para que ayudara a despertar a sus dirigentes con el fin de que viesan la amenaza del fascismo y espabilaran, fracasaron. En ese sentido, fue un fracaso total. Aunque los (corresponsales) estadounidenses tuvieron bastante influencia en gente del Departamento de Estado y en Eleanor Roosevelt —que, al final, después ya de la derrota, reconocen el inmenso error cometido—, durante la contienda no influyen en nada.

A pesar de ello, sí creo que ayudaron a movilizar a la opinión pública en las democracias. Otra cosa es que esa opinión pública no lograra movilizar a los Gobiernos a favor del Gobierno de la República. Esto es evidente, pero lo más importante —y esto lo digo en términos egoístas, de historiador— es que nos dejaron el primer borrador de la historia.

—¿De qué está hecho ese borrador?

—Creo que tenemos tres tipos de material: el primero está formado por las crónicas puntuales, como pueden ser, por ejemplo, la primera entrevista de Franco con Jay Allen, cuando Franco dice que, si tiene que matar o fusilar a media España, lo haría con mucho gusto; luego destaco la última entrevista con José Antonio Primo de Rivera, los relatos de la masacre de Badajoz de Mario Nevezs o de Jay Allen, y la crónica del Guernica de George Steer. Todo este material es muy importante, pero hay más.

Mi principal descubrimiento ha sido, sin duda, Louis Fischer. Sus artículos largos, de reflexión. Como él escribía para *The Nation*, que era un semanario, y además no escribía cada semana, mandaba artículos de 14 ó 16 páginas de reflexión. Los lees ahora y dices: ¡coño!, me he pasado 40 años estudiando la Guerra Civil y he llegado a las mismas conclusiones que habría obtenido leyendo esto. Me habría ahorrado 40 años de trabajo, ¡ja, ja, ja! No me lo hubiera creído en

el momento, pero son artículos fantásticos.

—Si tuviera que destacar la obra de uno de ellos, ¿con cuál se quedaría?

—Colectivamente, con las crónicas de Herbert Matthews. Si hubiera que elegir lo más importante —y hay tanto, tantísimo, de importante—, esa mezcla de honestidad, precisión, observación y humanidad de Matthews es realmente extraordinaria. Muchas de sus crónicas sobre la batalla de Teruel, por ejemplo, tienen un valor inmenso, pues las consiguió a pulso, haciendo viajes en condiciones inhumanas y sufriendo lo indecible para conseguirlas. Saber los sinsabores que pasó y las putadas que le hacían en el *New York Times*, y su capacidad de aguante, es toda una lección. Cuando años después, en *Education of a foreign correspondent*, lo recuerda, encuentras a un hombre muy pausado, muy humano, sin amargura.

—De ese libro recuerdo lo mucho que le molestaba a Matthews la obsesión del periódico por compensar sus crónicas con la versión contraria desde el lado nacional para dar las dos caras.

—Así es, y el problema es que el que tenía el *New York Times* en la zona nacional, Carney (William P.) falsificaba las crónicas y nunca le pasó nada. Por ejemplo, envió una crónica sobre la caída de Teruel seis semanas antes de que cayera. Matthews lo

“Periodistas como Matthews, Allen, Fischer entonces podían pensar que realmente *they could make a difference* (podían cambiar las cosas)”.

lee, se rebela, hace un viaje en condiciones espantosas y lo pone en evidencia, pero a Carney no le pasó nada.

Había otro corresponsal, llamado James Minifie, que, en sus memorias, cuenta cómo le llamaban sus editores para leerle lo que acababa de salir en el *New York Times* de Carney y pedirle explicaciones. “Era mentira”, escribe Minifie, y, harto de las mentiras, llegó un momento en que se las repicaba sin más, sin repetir que eran mentiras, con la firma “exclusiva de Carney”.

—Comparando los sistemas de control y de censura de la información en la Guerra Civil y lo que hemos conocido desde la guerra de Vietnam, ¿hemos mejorado o hemos empeorado?

—Tecnológicamente, la transmisión ha mejorado infinitamente. En los montones de papeles de todos los corresponsales he encontrado facturas o cartas reprimiendo al corresponsal por haber mandado crónicas por cable.

—Les parecían caras a los jefes...

—¿Caras? El envío de una crónica de Fischer costaba 500 dólares de entonces. Eso es como 20.000 euros de hoy. ¡Imagínese! Se comprende lo que les decían: por favor, no se te ocurra volver a hacernos esto. Así que tenían que enviar las crónicas por correo o, en otros casos, si el corresponsal estaba en Madrid y lo intentaba por teléfono, tenían que llamar a Barcelona, de Barcelona a la oficina del periódico en París, desde allí a Londres y desde Londres a Nueva York. A cada paso, lógicamente, se introducían más errores. En ese sentido, la mejora ha sido colosal.

Ahora bien, el ambiente de trabajo y el impacto de los medios de entonces no tienen nada que ver con los de las guerras actuales. La fragmentación de medios y de audiencias de hoy, con tantos canales, lo ha difuminado todo.

—¿Y qué podemos decir de la calidad de aquellos corresponsales y la de los de hoy?

—No me atrevo a hacer comparaciones. La actual fragmentación de la cultura lo hace muy difícil. Hace 30

años, hablando de música, los cantantes de éxito eran muy pocos. Hoy hay 3.000. Lo mismo pasa con los novelistas. Hace 20 años, había 5 nombres importantes, hoy hay 2.000. En lo tuyo (periodismo) y en lo mío (historia) pasa igual. Hay tanta gente que es muy difícil hacer juicios justos. Entre tantos puede haber muchos de gran calidad, pero es tal la competencia que no se ven. Y otra diferencia: en los años 30, aunque era un mundo muy cínico en muchas cosas, también era un mundo muy inocente en otras.

—¿A dónde quiere llegar con lo de la inocencia?

—A que periodistas como Matthews, Allen, Fischer entonces podían pensar que realmente *they could make a difference* (podían cambiar las cosas). Hoy un periodista que diga que lo es porque cree que puede cambiar el mundo sería tachado rápidamente de iluso.

—Supongo que, incluso en la actual guerra de Iraq, encontramos periodistas, como Seymour Hersh del 'New Yorker', donde sacó el escándalo de Abú Ghraib, que sí tienen influencia.

—No estoy tan seguro cuando uno piensa en lo que ha seguido haciendo George Bush en Iraq: las mismas burradas. Roosevelt (Franklin Delano), al menos, acaba reconociendo a Bowers (Claude) cuánto lo siente y dán-

dole la razón por lo que le había transmitido durante años desde España. No me imagino a Bush reconociendo su error en términos parecidos.

—Si tuviera que seleccionar hoy a los mejores corresponsales de la guerra de España, ¿con quiénes se quedaría?

—El primero, como decía antes, sería Matthews porque no vino como neutral. Vino como admirador del fascismo. Su destino anterior había sido la guerra de Etiopía y había escrito a favor de los fascistas, pues pensaba que habían entrado en Abisinia para modernizarla. Estos antecedentes refuerzan aun más el valor de sus convicciones en defensa de la República. Sus crónicas son modélicas, tal vez porque estaba realmente obsesionado en transmitir la verdad.

Le contaré una anécdota que no conocía cuando entregué el libro para la impresión. Un día iba Matthews con otros tres periodistas por el Ebro aragonés, siguiendo a un camión lleno de jóvenes reclutas republicanos cantando puño en alto y saludando. En un momento, en una carretera con muchas curvas, pierden de vista al camión. Dos minutos después, en una curva, lo encuentran volcado con cadáveres y gente moribunda. Bajaron para ver si pueden ayudar. Los tres periodistas que acompañaban a Matthews fueron corriendo a ver si podían ayudar. Matthews no. Sacó su cuaderno y se dedicó a tomar notas

“Hay mucho mito franquista. Según la mitología franquista, todavía hay quien dice que Guernica no fue bombardeada. También hay quien dice que no hubo masacre de Badajoz.”

y a hacer preguntas. Hemingway, que va con él, monta en cólera, le agarra y le llama hijo de puta. Y Matthews responde: “Lo siento, yo soy periodista y estoy aquí para hacer esto”. Hemingway nunca le perdonó.

—Los recursos militares de que dispusieron y las atrocidades que se cometieron en cada bando son dos de las cuestiones que más quebraderos de cabeza han causado a los historiadores. ¿Alguno de estos idealistas se aproximó a la verdad?

—En general, hay muy poco sobre eso. Por razones obvias el asunto de las armas es un tema muy controlado por la censura militar en todos los sitios. Algo perfectamente comprensible. En cuanto a las atrocidades, las hubo en ambos bandos, aunque yo creo

que con grandes diferencias. En la zona republicana, por el golpe militar, hay un colapso de todo el orden público, pero la República intenta restablecer la estructura y lo logra. Con lo cual, de los 55.000 muertos en zona republicana la inmensa mayoría muere antes de septiembre de 1936. Son muertes que se producen a pesar de la República o en su contra. En la zona nacional es muy distinto: aquí se trata de un instrumento de poder y ahí tenemos las instrucciones de Mola de recurrir al terror para penalizar al enemigo y el Ejército, la Guardia Civil y la Falange se encargan de ello con apoyo de la Iglesia hasta 1943.

En los números hay grandes diferencias también, pero encontramos muy pocas referencias en las crónicas de los corresponsales, pues la censura en ese asunto era férrea. Lo que sí encontramos es información valiosa en las memorias que muchos de ellos escribieron cuando salieron y se sintieron a salvo. De todas ellas destacaría el libro de John Whitaker, *We Cannot Escape History* (1943), poco conocido, pues sólo tiene 40 páginas y en España nadie se interesó en traducirlo.

En la zona republicana pasó una cosa: la mayoría de los corresponsales no llega a Madrid hasta que no corre la voz de que se acercan los franquistas y les interesaba ya mucho más lo que pasaba militarmente. En Barcelona, en cambio, uno de los mejores corresponsales, Lawrence Ferns-

worth, también del *New York Times*, esquivó la censura y logró publicar cosas muy interesantes sobre las atrocidades anarquistas en Barcelona. Casos hay; pero, en general, pocos en los dos bandos.

—He estado leyendo estos días el último libro del profesor británico de Relaciones Internacionales Fred Halliday, titulado *100 mitos sobre Oriente Medio*. ¿Cuáles son los mitos más importantes sobre la Guerra Civil?

—Mitos republicanos hay muy pocos porque fueron los perdedores y estos siempre tienen mucho más difícil mantener los mitos. Hay mucho mito franquista. Según la mitología franquista, todavía hay quien dice que Guernica no fue bombardeada. También hay quien dice que no hubo masacre de Badajoz. Hay quien dice que en el asedio del Alcázar de Toledo mataron al hijo de Moscardó para presionar a su padre. La verdad es que al hijo de Moscardó lo mataron, pero mucho después y por otros motivos, como represalia por un bombardeo. Hay mucha exageración sobre el terror rojo y sobre el control que llegaron a ejercer los soviéticos.

Éste es uno de los grandes mitos no sólo de los franquistas españoles, también de los neoconservadores estadounidenses, pero yo creo que es un mito que se deshace por sí mismo: si los soviéticos, que lograron derrotar al Tercer Reich, realmente hubieran

querido establecer un satélite soviético en España, ¿cómo es posible que el coronel Casado acabara con ellos en tres días? No es plausible.

La idea de que Negrín era un peleele de los rusos es parte del mismo mito. Negrín tuvo, a su pesar, que tratar con los rusos, porque los ingleses negaron a la República la posibilidad de defenderse. No se trata de pintar a los rusos como santos, pero tenían otro rollo, que era buscar alianzas con los franceses y con los británicos contra los nazis, y lo que más perjudicaba esa finalidad era que España apareciese como un satélite ruso. Había rusos, claro, pero no tantos como se dijo. Desde luego no hubo regimiento ruso. En toda la guerra hubo unos 2.500 rusos y, en ningún momento, más de 600.

—Imagínese en la primera clase del próximo curso sobre Historia de la España Contemporánea y un alumno le pide que le aconseje un libro sobre la Guerra Civil y otro sobre la España de hoy.

—Sobre la Guerra Civil, según quien fuera el alumno, optaría entre tres: uno, el mío, que considero un libro ameno y accesible; otro, la historia de la Guerra Civil, más corta pero mucho más densa, de Helen Graham, un libro muy brillante, aunque no sé si es el mejor para quien comienza; y ahora ha salido en castellano la historia que acaba de escribir Casanova sobre la República y la Guerra,

“Los Gobiernos, guste o no, tienen que enfrentarse con una verdad indignante, que la única solución pasa por negociar con el asesino, con el terrorista.”

que también es muy bueno.

Sobre la España actual, depende. No conozco realmente ninguno, es como cuando preguntaron a Mao sobre la revolución francesa y respondió que todavía era muy pronto para emitir un juicio. Si hablamos del posfranquismo, de la transición, a mí me gustó mucho el libro de Victoriarego, y creo que no está mal el mío, *El triunfo de la democracia*. Quizás le aconsejaría también el de Charles Powell, que es muy bueno.

—Para terminar, ¿qué diagnóstico hace de la España de José Luis Rodríguez Zapatero?

—Soy extranjero y lo veo con mucha distancia. Esto tiene sus ventajas, pero a veces lo puedes ver todo borroso. Lamento mucho la pérdida del sen-

tido de Estado y la obsesión por derribar todo lo que hace el Gobierno anterior. Son cosas que no suelen ocurrir en países como Gran Bretaña. Ahora bien, si hablamos de crispación, creo que empezó ya en el segundo mandato de Aznar. En el tema del terrorismo, por ejemplo, sé que hay muchas diferencias con el Ulster, pero también hay ciertas cosas en común.

La conclusión que yo saco –y puede ser una candidez– es que cinco personas pueden tener a un país arrodillado y eso no se puede contrarrestar con un Ejército y, a veces, ni con la Policía. Los Gobiernos, guste o no, tienen que enfrentarse con una verdad indignante, que la única solución pasa por negociar con el asesino, con el terrorista. Es irritante, claro, y exige un grado de sacrificio, de paciencia y de comprensión de los adversarios políticos que obliga a contar con la oposición para embarcarse en ese proceso. Eso pasó, en cierta medida, en Inglaterra, aunque ahora se ve como un triunfo de Tony Blair.

Intentar sacar ventajas partidistas de esto es suicida... A pesar de todo, creo que la crispación actual afecta a ciertos medios de comunicación y a la clase política, pero no a la población en general, que tiene problemas mucho más importantes, como llegar a fin de mes y pagar los colegios de los hijos. Se diga lo que se diga, la población sabe que, con todos los problemas, como con la democracia nunca se ha vivido en España. ➔

República, periodismo y literatura

Javier Gutiérrez Palacios,
992 páginas, 48 euros.

Cinco años de la historia de España (1931-1936) a través de los artículos de 68 autores. Entre ellos, Azorín, Baroja, Camba, Unamuno, D'Ors, Pérez de Ayala, Alberti o Cernuda.

DE VENTA EN LA A.P.M.

República, periodismo y literatura

LA CUESTIÓN POLÍTICA EN EL
PERIODISMO LITERARIO DURANTE
LA SEGUNDA REPÚBLICA ESPAÑOLA



Javier Gutiérrez Palacio

tecnos

APM